

LIII.

LA HERENCIA.

En la calle, mistress Needle habló poco, y nada en su casa. Cerróse incontinenti en su cuarto. Persegújala la imagen dolorosa de John, de rodillas, adorando la Eucaristía.—¿De qué sirve luchar de nuevo? decía ella; no hay escape y es preciso beber de este cáliz. Las ideas de sir Roberto se le han metido en la mente; lo he leído con mis ojos en sus pupilas; y con

mis ojos lo acabo de ver . . . . . Esta retractación inexplicable, increíble, absurda, lo concluye de precipitar. ¿Qué le queda ya por hacer, habiendo doblado la rodilla ante la Eucaristía en mano del sacerdote papista . . . . .? ¿Qué puedo yo? ¿Alejarlo de mí? Ni pensarlo, ahora que está en vísperas de su mayor edad. ¿Cerrarle la boca? ¿Cómo, si no hace caso de lo que le digo? Sólo me queda sufrir; sufrir y callar.—No advertía mistress Needle que en esta resolución de paciente silencio, sin darse cuenta de la cosa, entraba también la terrible amenaza del moribundo: “Guardaos de oponeros; que la ira de Dios no os castigue.”

Otro molestísimo pensamiento contribuía mucho á desalentarla: el peculio que sir Roberto había prometido á Julia. Pensaba:—¡Y si fuese una suma considerable! Según él, es una bicoca, más todo es relativo; no me maravillaría de que la bicoca fuese la bella suma de cuatro ó cinco mil esterlinas. ¿Quién sabe lo que á Julia se le ocurrirá no bien cobre la cantidad! ¿Y si le diese la ocurrencia de volver á Nápoles . . . . .? No será: no nos pongamos la venda antes del descalabro. Además, ¿quién sabe? no todo el mal viene pa-

ra dañar; acaso saliendo ella saldría el papismo de mi casa: John, solo, en Parque Verde, sería sin duda más tratable. . . . . Pero no, ¡soy á veces cruel é injusta! deploro el bien ajeno y calumnio á Julia.—Procurando con el mayor ahinco conjeturar el efecto que produciría en la italiana una suma considerable caída en su mano, no sabía resolverse á creer que la joven amorosa pudiese abandonar á la familia Needle. Igualmente, sacando bien sus cuentas, no descubriría pretexto para inculparla por haber promovido debates sobre materias religiosas.—John y yo, añadía, somos los verdaderos culpables; él con demasiada frecuencia le daba motivo, poníase á sofisticar, suscitaba disputas, y cogía las ocasiones por los cabellos. . . . . yo le daba la razón. . . . . ¡Demasiado! Ella tiene una palabra que enamora. ¿Qué culpa tiene la gata si es loca la criada? Por lo demás, ¿puedo negar lo que veo con mis ojos á todas las horas del día, esto es, que quiere mucho á mis hijas y las trata con ternura de ángel. . . . .? Voy á saber cómo les ha presentado la abjuración de sir Roberto.—

Con este nuevo pensamiento se libró de sus cavilaciones, corriendo á buscar á sus

niñas. Entreteníase Julia con ellas en el estudio, procurando recobrar el tiempo perdido por la mañana. Habiendo llamado la madre á la más pequeña, comenzó, sin descubrirse, á indagar lo que quería. Tardó poco en reconocer que ignoraba la niña completamente la escena de casa de Smith, porque Julia no había dicho nada. En su virtud, se acusó y reprendióse á sí misma por su mal humor incipiente contra la joven. En esto entraba John precipitadamente con un pliego bastante voluminoso y sellado, dirigido á ella.—¿Qué me traes? preguntó la madre.

—Os lo manda sir Roberto, dijo John alargándolo.

—¿Qué contiene?

—Lo ignoro. Solamente sé que sir Roberto hizo que salieran todos de su habitación antes de hacérmelo tomar, queriendo que lo escondiera cuidadosamente debajo del capote; dos veces me repitió: “En poder de vuestra madre; no lo dejéis, no, en su escritorio, sino en sus manos.”

—Veré de qué se trata, respondió la madre con artificiosa indiferencia.

—Ahora vuelvo á su casa: ¿qué le diré?

—Dile que será completamente obedecido; es un deber sacrosanto.—

Parecíale á John extraño que ignorara su madre el contenido del pliego, y al propio tiempo prometiera cumplir la comisión. Sin embargo, queriendo sobre todo ver nuevamente al moribundo, tomó el sombrero y se fué. Habiendo mistress Needle vuelto á enviar á Clemencia al estudio, rompió los sellos con ansiedad suma, contando los valores; halló ciento diez mil libras nominales en billetes italianos y de otros países.—Con esta herencia, mi Julia sale de sus estrecheces..... recobra lo perdido, y se vuelve, si no rica, poco menos. ¿Puedo aguardar que quiera seguir comiendo pan en casa no propia? ¿Que no recuerde que á cada pájaro le pareciese su nido hermoso.....? ¡Este bienaventurado sir Roberto, vivo y difunto, ha de ser mi ruina!—Olvidándose de todos los juicios confirmados poco antes en favor de la querida Julia, volvió á confundirse por mil castillos en el aire, y á batallar en un laberinto de designios, dudas y arrepentimientos sin fin ni salida.

Resolvió, respecto de su hijo, no resentirse con él por lo de la retractación.—¿De

qué aprovecharía estar diariamente abrumándolo con reproches? La curación, si es posible, la intentaré yo en Parque Verde con el auxilio del cura (tenía mistress Needle al reverendo Star por un ministro eminente): si es necesario, tendré de mi parte algún doctor con borlas.—John no compareció en todo el día: sólo después de comer, cuando Julia pensaba en dar las buenas noches al enfermo, oyeróse los pasos presurosos de aquel.

—¿Cómo está? le preguntaron á una voz la madre y Julia.

—Ha espirado.

—¡Oh! dijo Julia, y dejóse caer sobre un sofá temblando, vencida por la ternura.—

John refirió con todos sus pormenores los últimos instantes del difunto, que nada tenía de nuevo y extraordinario. Una crisis violenta se había manifestado á eso de las cinco: le pregunté si estaba contento de su determinación.—Contentísimo, me respondió; sólo me arrepiento de no haberla tomado en mi juventud.—Faltóle la voz. El sacerdote se apresuró á ungrle con los Santos Oleos; le recitó en un libro largas oraciones, que iba mezclando con algunas palabras en el oído, y con bendiciones en

forma de cruz. Smith bajaba los ojos aceptándolo todo. Dábale también á besar las manos, los pies y el pecho de un Crucifijo; como también á veces la imagen de la Virgen bendita.....

—¿Y besaba el enfermo?

—Siempre, una vez ó dos.

—Y tú ¿qué hacías?

—Limpiábale la frente sudada, como lo hacían las religiosas. Algunas veces me daba las gracias mirándome. Al fin el sacerdote le recordó las palabras de Jesucristo en la Cruz, diciendo en latín: *In manus tuas commendo spiritum meum*; levantó una vez más los ojos al cielo, y cerrándose sus párpados, dió las últimas boqueadas: todo estaba concluido.

Levantóse Julia, y corrió á su cuarto. Creyeron que se ponía mala. Siguióla mistress Needle; y las hijas detrás. Vieron á la joven de rodillas ante el Crucifijo y se retiraron. A la señora, empero le tardaba cumplir el encargo del difunto. Palpitante, pues, por la expectación, no sabía si tener ó concebir esperanzas, apresuróse á entrar en el cuarto de la napolitana con el rico legado. Continuaba Julia de rodillas.—Julia mía, dijo la Needle; te anuncio una noticia muy alegre.

Julia la detuvo con una señal de su mano suplicante, y dijo:—Un momento.—Añadió al terminar su plegaria:—Perdonad señora: no quería interrumpir ciertas oraciones á las cuales corre unida la indulgencia, que confío proporcionará gran socorro al alma del difunto, si aun necesita de auxilio..... Es inútil que os explique yo esto. Vamos, decidme la noticia muy alegre.

—¿No serás mala si te lo participo todo de golpe.....? He aquí lo que te deja el pobre difunto: siete ú ocho mil libras de renta.

Atónita Julia y dudando, abrió un poco el pliego, y mirando los títulos exclamó:—¿Qué es esto? ¿Qué tenía yo que ver con Smith? ¿Se abrió el testamento ya?

—Es cosa, respondió la Needle, que ha pasado entre yo y él á solas: nada tiene que ver con el testamento, ni hay un solo papel escrito, ni siquiera un recibí.

—No alcanzo ni comprendo nada. ¿Qué misterio hay aquí? Os daría el difunto seguramente alguna explicación....

—Ninguna explicación; sólo me dijo que tenía contigo grandes obligaciones....

—Pero..... ¿qué obligaciones? Héle hablado rarísimas veces, y escrito al-

gunas cartas: después no lo ví hasta esta mañana.

—¿Qué quieres que te diga? Sé que hizo gran caso de lo que le hablaste y escribiste, queriendo mostrarse reconocido con este peculio tan fácil de manejar. Vamos: ¿de qué sirve hacer calendarios? Siempre fué un hombre singular, pero al fin ha obrado magníficamente, y me felicito.

—Haga Dios á su alma, dijo Julia, tanto bien como me hace á mí, pobre y necesitada. Mas, por merced, ¿no habeis contribuido también vos con alguna sugestión amorosa? Decidme la verdad sin escrúpulos de modestia.

Aunque á mistress Needle se le presentaba una gran coyuntura para hacer méritos, su virtuoso espíritu era hostil á la mentira, y respondió francamente:—Sólo á él debes estar reconocida: fué un movimiento de todo punto espontáneo, sin haberle yo dicho palabra ni media. Por el contrario, para decirlo todo, no dejó de inspirarme algún recelo.

¿Recelo? ¿Cuál?

—¿Qué sé yo . . . !

—Hablad, hablad: entre vos y yo todo debe ser muy límpido como el aire: ¿qué recelo?

Buscaba mistress Needle las frases para expresar cortesmente su sospecha de ser abandonada, y no hallando algunas más á propósito, dijo:—Surgió en mi mente la duda de si con este legado cuantioso podrían nacerte alas y . .

Comprendió la joven al vuelo el temor de la señora, y levantándose con ímpetu, echando los brazos á su cuello:—¡Ah madre mía, exclamó; me lastimais en lo más vivo del corazón! ¿Creis, por tanto, que mi gratitud depende sólo de la necesidad? Me recogísteis poco menos que en la calle, y me llamásteis amiga é hija ¿os dejaría y dejaría á vuestras angelitas para gozar lejos de vos algunos miles de libras? Las consigo desde ahora en vuestras manos, sin contar siquiera los títulos: vos las administrareis, por gran merced, con vuestros bienes; con las rentas ayudaré á mi familia.

Mistress Needle, confusa y contenta, respondió á Julia con las más tiernas demostraciones de amor que pudo; pero sentía repugnancia grande á tomar el pliego nuevamente, y quería que Julia pensara más en el asunto.

La doncella:—No, no; lo he pensado bastante: no existe otro partido posible.

—Y puso en sus manos los títulos, sin quererlos examinar ni desenvolver.

Dos semanas después, mistress Needle hizo hallar á Julia sobre su escritorio una obligación en forma del capital que le había confiado, con la promesa de dar á la joven las rentas cada semestre, según se cobrara en Londres. Esto sucedía después del retorno á Parque Verde. La fama del cambio de fortuna de la joven no quedó de tal manera entre la señora y el procurador, que no lo traslucieran algo todos los demás del castillo.

En su virtud, aumentóse no poco el buen nombre de la joven, que se convertía más que nunca en amiga de mistress Needle. Hubo quien volvió á recordar su noble nacimiento. En cuanto á ella, no dijo á nadie palabra de su estado presente ni del anterior. Sólo escribiendo á su padre, le aseguró que podía contar con dobles auxilios, exhortándolo además á fin de que colocara en colegios excelentes á sus hijos, *hermanastros* de ella, ofreciendo pagar la pensión. Figuróse el padre que le daría mucho más la inglesa: pero no preguntó nada, considerando que por su mérito lo habría conseguido.

Otro regalo había recibido Julia, col-

mándole de alegría desmesurada. John, al día siguiente de fallecer Smith, la dijo en secreto:—Mientras el moribundo pronunciaba la profesión de fe, le acompañaba con el corazón....

—¿Todos los artículos? preguntó Julia.

—Casi.... Y cuando muriendo, me confesó que se consideraba feliz por la retractación hecha, moría en mí el protestantismo....

—¿Todo?

—Todo.

—¿Algo más nacía?

—Sí, alguna cosa vaga é indefinida; aún no sé si soy ya católico, ó puseísta únicamente.... Basta; cuando llegue á la mayor edad, algo pasará de fijo.—